

## *La calidad del discurso educativo: Análisis y regulación a través de un modelo pentadimensional*

VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ  
Universidad Complutense de Madrid

### RESUMEN

El discurso es una herramienta clave para la comprensión y la mejora de la calidad educativa. En este artículo su autor ofrece un nuevo modelo psicopedagógico que permite analizar la potencia formativa del discurso a través de cinco dimensiones interdependientes: instructiva, afectiva, motivadora, social y ética. Se trata de favorecer la elaboración de un discurso coherente y armónico que estimule, a un tiempo, el desarrollo cognitivo-intelectual y socio-afectivo de los alumnos. A partir del original modelo ofrecido se establecen sendas tipologías del profesorado y del alumnado que sirven igualmente de referencia para la mejora de la calidad educativa.

**Palabras clave:** Discurso educativo, calidad, dimensiones, modelo pentadimensional, tipología docente y discente.

### ABSTRACT

The speech is a main instrument for the understanding and improvement of the education quality. The author of this article offers a new psychopedagogical model that allows us to analyse the speech educational strength throughout the five interrelated areas such as the teaching, motivation, emotional, social and ethic one. It is a matter of helping the task of doing a coherent and harmonious speech that encourages both the intellectual and the social-emotional development of the students. Coming up from the original model offered, several typologies of teachers and pupils are given to be a reference to the improvement of the education quality.

**Key words:** Educational speech, quality, five interrelated areas, psychopedagogical model, typologies of teachers and pupils.

## I. Introducción

El interés por el discurso educativo crece con rapidez, como lo prueba el hecho de que cada vez son más numerosas las investigaciones que desde distintas disciplinas se encaminan a analizarlo. Algunas de las ciencias que más se ocupan del estudio del discurso son: la lingüística, la antropología, la sociología, la pedagogía y la psicología. Nos hallamos, pues, ante un objeto de estudio en el que con frecuencia se produce una integración de saberes. El estudio del discurso es fundamental tanto para comprender el proceso de enseñanza-aprendizaje como para mejorarlo; sin embargo, todavía queda mucho por hacer hasta escudriñar todas las aristas. Como dice Cubero (2001, 7), el análisis de lo que acaece en las aulas y de la dinámica que se establece entre profesores y alumnos se centró en un principio en la eficacia docente, particularmente en las características personales que podían explicar la competencia y éxito profesional. Hasta finales de los años cincuenta no se desplaza el interés de las investigaciones hacia el estudio de la vida en las aulas y las interacciones entre los participantes. Pues bien, es precisamente en este marco del cotidiano acontecer educativo en el que situamos nuestra prospección del discurso.

El discurso en el aula es una peculiar praxis que posibilita la comunicación y la comprensión y que se encamina a la construcción de la identidad personal. En este artículo ofrecemos un original *modelo pentadimensional* que permite evaluar la virtualidad formativa del discurso, enriquecer el proceso de enseñanza-aprendizaje, así como ofrecer una tipología del profesorado y otra del alumnado. En suma, partimos de la base de que el discurso es una de las claves explicativas de la calidad educativa.

## II. Concepto de discurso educativo

En primer lugar hay que decir que la expresión ‘discurso educativo’ es polisémica, sobre todo porque su análisis procede de diversas disciplinas que se interesan por aspectos diferentes. Rebollo (2001, 33), indica con acierto que el estudio del papel del discurso en el proceso educativo implica una reflexión y un posicionamiento teórico sobre cómo se concibe la comunicación educativa y la manera de aprender. Cualquier decisión a este respecto tiene consecuencias en la definición del discurso, en la valoración de su función formativa y en las unidades básicas que lo configuran. Es por ello que aquí se considera el discurso educativo como acción verbal personal (individual y social) inserta en una determinada coyuntura cultural. Adoptamos una perspectiva humanística, toda vez que

nos interesa el discurso en cuanto praxis comunicativa predominantemente verbal encaminada a favorecer el crecimiento personal del educando.

En sentido restringido, se puede considerar el discurso como un conjunto de palabras y frases utilizadas para manifestar lo que se piensa o siente. Así contemplado, este entramado lingüístico permite expresar ideas, opiniones y estados afectivos en orden a facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje

La naturaleza del discurso es, sobre todo, verbal, aunque hay una constante conexión con las vertientes no verbal y paraverbal de la comunicación. Éste es precisamente el concepto de discurso (sentido extenso) que nos interesa aquí. Van Dijk (2000) sostiene, incluso, que el discurso es interacción social. Rebollo (2001, 35), por su parte, señala que actualmente se reconoce y asume que el discurso no sólo se refiere a ejecuciones lingüísticas, sino a un proceso expresivo integrado por registros semióticos heterogéneos, sean verbales o no.

Aunque, en rigor, el discurso educativo comprende los libros de texto, las modalidades lingüísticas de las diversas disciplinas, los mensajes audiovisuales cada vez más presentes en contextos escolares, etc., nos centraremos fundamentalmente en la vertiente oral del mismo y, en concreto, en la acción hablada protagonizada por el profesor. El lenguaje docente, en cuanto herramienta educativa, puede promover el desarrollo intelectual, emocional, moral y social del educando, según los objetivos que persiga. El empleo diferencial del discurso en el aula, acaso consecuencia de la particular cosmovisión del docente, da lugar a diversas modalidades de relación profesor-alumno y genera variaciones significativas en la educación, pues lleva a enfatizar ciertas dimensiones en perjuicio de otras. El discurso condiciona la manera de conocer, de sentir y de vivir del educando. Como es cierto que una utilización perversa del discurso puede conducir a la manipulación del otro, su estudio y empleo siempre ha de ponerse al servicio de la aproximación de voces, del encuentro polifónico y de la formación. Por lo mismo, propongo la *metáfora de la orquesta* para expresar lo que ha de suceder con el discurso en el aula. Ya el tropo lo hallamos en Machado (1999, 14), quien por medio de Juan de Mairena, maestro apócrifo, advierte: «No olvidéis que es tan fácil quitarle a un maestro la batuta, como difícil dirigir con ella la quinta sinfonía de Beethoven».

De acuerdo con la figura empleada, en el salón de clase hay un director (profesor) del proceso educativo para que los miembros (alumnos) interpreten sinfónicamente una obra (lección o tarea) con sus diversos instrumentos (cognitivos, afectivos y psicomotores). Esta composición armónica, oportunamente guiada por el docente y en la que se reconoce la singularidad y la pluralidad de voces, es la que hace crecer a todos los participantes. No se pretende en modo alguno legitimar el discurso del profesor porque sí, sino invocar su función orientadora y

mediadora que facilita la construcción de la identidad del educando. Mercer (1997, 72-73) indica que las investigaciones en el aula muestran a menudo que el abanico de oportunidades para que los alumnos contribuyan a la conversación es muy limitado, lo que evidentemente debe ser revisado en beneficio de la implicación del educando en su propia formación. Sobre esta cuestión también el análisis de la semiótica del discurso educativo puede ofrecer claves para estimular el desarrollo compartido.

En primera aproximación, por tanto, entendemos por discurso educativo una secuencia coherente de enunciados que se pone al servicio de la formación personal. Al analizar esta actividad enunciativa organizada, conviene hacer, al menos, dos matizaciones. Una tiene que ver con el *dinamismo* del discurso, pues se desarrolla en un tiempo (clase o mección) y en un espacio (aula). Constituye, por tanto, un proceso que regula las interacciones educador-educando. Además, esta acción interpersonal está orientada hacia un objetivo, es *intencional*, es decir, se encamina a la consecución de algo: transmitir contenidos, promover actitudes y valores, etc. Como señala Caron (1989, 166), una situación discursiva no es estable ni permanente, sino que se construye y transforma con el tiempo, y comporta siempre una orientación.

El discurso cobra sentido si se ve de modo *unitario*; lo que no excluye que, en ciertos momentos, se deban analizar por separado sus distintos componentes. El discurso que acontece en el aula no es exclusivo del educador. También los alumnos son emisores de mensajes, v. gr., cuando preguntan al profesor, responden o exponen algún tema. Es innegable, empero, que el profesor suele tener un discurso extenso y orientador de las relaciones y del proceso educativo. Se puede afirmar que la comunicación en el aula y la enseñanza-aprendizaje dependen en gran medida del discurso del educador. Desde la perspectiva adoptada en este trabajo, el discurso del profesor en el aula está constituido por cinco dimensiones funcionales: instructiva, afectiva, motivadora, social y ética. Por razones teóricas se distinguen cinco dimensiones del discurso; no obstante, éstas han de verse como complementarias e integrantes de un todo. La calidad discursiva depende en gran medida de la *armonía* existente entre sus dimensiones. Esta pluridimensionalidad del discurso muestra, además, que nos encontramos ante una realidad compleja, heterogénea y rica. Del predominio de una dimensión u otra depende, en gran medida, la caracterización y la calidad del discurso.

### III. Modelo pentadimensional para analizar el discursodocente

El análisis del discurso exige tener en cuenta los distintos grados de patencia. Así, hay mensajes manifiestos, claramente perceptibles, cifrados sobre todo por

medio del lenguaje. También hay mensajes latentes, difíciles de identificar y suelen transmitirse no verbal y paraverbalmente. Hay, por último, mensajes intermedios, esto es, semiexplícitos o semiocultos.

Otro aspecto capital del discurso es el relativo a su adecuación a los alumnos. El discurso del profesor ha de basarse en el profundo conocimiento de los educandos: grado de madurez, edad, necesidades, intereses, circunstancias, cultura y ritmo de aprendizaje.

En cuanto a los elementos constitutivos del discurso podemos distinguir una estructura, un proceso y un contenido:

- La *estructura* es la distribución y orden de las partes fundamentales del discurso. Por medio de la estructura los distintos enunciados se unen proporcionando mayor o menor coherencia. La estructura discursiva obedece a determinados objetivos educativos y, a menudo, se ajusta al esquema tripartito: iniciación del maestro, respuesta del niño y evaluación (Cazden 1991, 39). Esta misma autora (1991, 47-51) indica que las dos dimensiones de la estructura son la *secuencial* (sintagmática u horizontal) y la *selectiva* (paradigmática o vertical). La dimensión secuencial se refiere al orden preestablecido, por ejemplo, en el esquema anteriormente citado: inicio del educador, respuesta del alumno y evaluación. La dimensión selectiva, por su parte, se refiere a la elección de alternativas dentro del esquema, v. gr., que el profesor utilice preguntas o afirmaciones en la fase de comienzo. Cros (2003, 67), por su parte, distingue tres fases características de la estructura de la clase: 1) Fase inicial, de apertura y presentación, en la que suele manifestar lo que se va a realizar y el tipo de participación que se espera de los alumnos; 2) Fase de desarrollo de la sesión, que incluye todas las subfases en las que se organiza la actividad del aula: explicaciones, preguntas y respuestas, actividades de los alumnos, etc.; 3) Fase de conclusión, que a menudo incluye una recapitulación, una evaluación o una anticipación de lo que se hará en la próxima sesión.

Aun cuando el discurso de clase no se ciña siempre a una estructura fija, el esquema anterior muestra un modo frecuente de organizar la actividad docente en el aula.

- El *proceso* se refiere a la orientación temporal del discurso. El discurso no se agota en un conjunto de reglas predeterminadas sino que puede experimentar variaciones sustanciales según la situación, las demandas de los educandos, las perturbaciones detectadas, etc. Si la estructura nos lleva a pensar en la realidad «estática» del discurso, el proceso permite

tomar conciencia de su dinamismo y complejidad. La estructura posibilita la coherencia discursiva y el proceso contribuye a configurar el estilo docente. Se puede afirmar que un discurso educativo de calidad, además de coherencia, se caracteriza por un proceso complejo en lo que se refiere a la presencia y exposición de experiencias inductoras de aprendizajes significativos. Las estructuras rígidas a menudo son incompatibles con procesos ricos, porque constriñen el discurso a situaciones simples muy alejadas de la vasta realidad humana.

- El *contenido* dice de la materia del discurso, según se trate de unas asignaturas u otras. Es la parte visible del discurso establecida de acuerdo con los objetivos fijados para cada materia. El sentido del discurso puede variar considerablemente en función de las informaciones que se proporcionen. Cuando el discurso es de calidad los contenidos, aunque compartan una misma temática, son variados y flexibles. A menudo los alumnos se quejan de la recurrencia del discurso diciendo que el profesor se parece a un disco rayado.

Tras pasar revista a los elementos que configuran el discurso, nos adentramos a continuación, a la luz de la semiología, en la sistematización de los indicadores correspondientes a cada una de las dimensiones del discurso.

### **3.1. Semiótica del discurso del profesor en el aula**

#### *3.1.1. Dimensión instructiva*

Esta dimensión brota del conocimiento y dominio del profesor sobre su asignatura. Tiene que ver con la formación técnico-científica en la materia que se imparte. Se encamina principalmente a la transmisión de contenidos. Cabe distinguir las siguientes propiedades:

- Distribución expositiva.
- Abundancia de conceptos.
- Oraciones complejas.
- Terminología técnica y científica, según las distintas materias o asignaturas.
- Lenguaje claro y riguroso.
- Predominio de la objetividad.
- Inclusión de datos.

- Repetición de ideas clave.
- Sencillez sintáctica.
- Sobresale la función representativa del lenguaje.

### 3.1.2. Dimensión afectiva

En la actualidad esta dimensión del discurso se cultiva poco y se reserva casi por completo al primer tramo de la educación. Por lo mismo, es preciso potenciar este aspecto, *mutatis mutandis*, en los distintos niveles del sistema educativo. Algunos indicadores del discurso afectivo del profesor son:

- Diálogo con los alumnos.
- Lenguaje personal favorecedor de la intersubjetividad.
- Carece de homogeneidad.
- Subjetividad, expresión de estados de ánimo y palabras de afecto y estímulo.
- Incluye vocablos y giros coloquiales.
- Valoraciones positivas sobre los alumnos.
- Importancia de la comunicación no verbal: contacto visual con el alumno, murmullos y gestos de aprobación, sonrisa, proximidad física, etc.
- Predomina la función expresiva.

### 3.1.3. Dimensión motivacional

En el ámbito escolar la motivación adquiere gran relevancia por ser uno de los factores que influyen en el aprendizaje eficaz.

Algunos indicadores motivacionales del discurso son:

- Presentación de contenidos nuevos.
- Utilización de un discurso jerarquizado y coherente.
- Poner ejemplos.
- Modulación del habla: cambios de tono y ritmo.
- El discurso es versátil y dinámico, ajustado al contexto.
- Se generan situaciones heterogéneas: exposiciones, conversaciones, etc.
- Lenguaje evocador, sugerente.

- Es un lenguaje animado con imágenes y tropos. Estructura «artística».
- Importancia de las pausas y los silencios.
- Armonía entre elementos verbales y extraverbales.
- Predomina la función fática (se orienta a mantener la comunicación con el educando por medio de un discurso atrayente).

#### 3.1.4. Dimensión social

El discurso en el aula ha de ser esencialmente humanizador, lo que equivale a decir que debe favorecer el desarrollo personal y la vida en comunidad.

Hemos identificado los siguientes indicadores:

- Se busca la interacción en el aula a través de coloquios, debates, etc.
- Se pretende la adhesión de los educandos por medio de argumentaciones.
- Lenguaje con importante carga ideológica.
- Se encamina a la reflexión crítica sobre la realidad.
- Abundancia de términos abstractos, v. gr., justicia, solidaridad, tolerancia, etc.
- Predominio de léxico «político».
- Expresión de opiniones y de marcadores «culturales»: informaciones, símbolos, valores, etc., que se comparten.
- Discurso subjetivo orientado a persuadir.
- Son frecuentes las exhortaciones.
- Destaca la función conativa, encaminada a actuar sobre el comportamiento de los educandos.

#### 3.1.5. Dimensión ética

La dimensión ética del discurso nace de la esencia misma del hecho educativo. Algunas características del discurso ético son:

- Lenguaje doctrinal que busca la aplicación práctica.
- Presencia considerable de términos abstractos.
- Organización axiológica de la realidad.
- Búsqueda de la objetividad y de la universalidad.



- Se concede importancia al diálogo en el aula.
- El discurso favorece las interacciones justas en el aula.
- Contenidos morales.
- Desarrollo del razonamiento moral, por medio de técnicas diversas: análisis de casos, discusiones, etc.
- Práctica de acciones morales en el centro y en el aula, para favorecer la adquisición de hábitos positivos.
- Función preceptiva del lenguaje.

A medida que el discurso docente reúna más dimensiones será más educativo. Por el contrario, cuantas menos dimensiones abarque menos formativo será.

#### IV. Tipología del profesorado y del alumnado

Vaya por delante que el profesor de una sola dimensión es tan impensable como la orquesta de un solo instrumento. Con todo, cuando sólo se alcanza un nivel satisfactorio en una de las dimensiones nos hallamos ante un discurso claramente descompensado que permite establecer la siguiente taxonomía del profesorado:

- **«Profesor-enseñante».** Es un profesor con un discurso exclusivamente instructivo, esto es, orientado a la enseñanza. Se preocupa por ofrecer informaciones y contenidos a sus alumnos, pero soslaya todos los aspectos afectivos, sociales, motivacionales y éticos. Es un tipo de docente «tradicional» que asume todo el protagonismo y que no favorece la interacción en el aula. Esta enseñanza vertical y autoritaria se encamina a estampar en la mente del educando los abundantes datos que el profesor selecciona. Poco importa que el alumno los interprete o comprenda, basta con que los memorice y repita dócil y mecánicamente. Guiado a menudo por su propio criterio, este profesor «omnisciente» imbuye en el educando una avalancha de contenidos. Bien se advierte que este «transvase de sabiduría» se caracteriza por el intelectualismo y el dogmatismo. Se menosprecia la actividad reflexiva, crítica y creativa del educando, al tiempo que se soslaya cuanto tiene que ver con la orientación integral del comportamiento. García Hoz (1980, 188-189), al referirse a la degradación del profesorado, señala que la gravedad de la situación se refleja incluso en el hecho en apariencia trivial de utilizar la palabra ‘enseñante’

para nombrar al profesional de la educación. Y es que, en opinión del autor citado, al utilizar ese término se trivializa una tarea que debe ser profunda, encaminada a ayudar a descubrir la realidad, con la intención de que ese hallazgo favorezca el desarrollo personal. Textualmente: «Enseñante es el comerciante que muestra su mercancía con objeto de que se la compren...».

- **«Profesor-progenitor».**- Predomina la vertiente emocional del discurso. Es el tipo de profesor que se interesa por los problemas y el desarrollo afectivo de sus alumnos, pero descuida los aspectos técnicos de la educación. Se desatiende la formación intelectual del educando. Aunque puede encontrarse en todos los niveles, se da con más frecuencia en los primeros tramos del sistema educativo. El discurso de este tipo de profesor está descompensado porque carece de profesionalidad. Es un discurso «natural», cargado de buenas intenciones, pero estéril para promover desde los primeros años la educación integral. Como dice Russell (1998, 202): «Sin ciencia, el amor es impotente; sin amor, la ciencia es destructiva. Todo lo que se ha hecho para mejorar la educación de los niños se ha hecho por quienes los amaban; todo ha sido hecho por quienes conocían cuánto podía enseñarles la ciencia en ese aspecto». En este sentido, hay que valorar muy positivamente los progresos realizados en el ámbito de la formación de los educadores que se ha traducido, por ejemplo, en que las escuelas infantiles hayan dejado de ser lugares donde los niños «pasaban el rato» para convertirse en genuinos centros educativos.
- **«Profesor-presentador».**- Es el profesor que busca ante todo atraer a sus alumnos. En casos extremos hallamos un docente con un discurso hueco. Hay gran preocupación por la imagen, pero no se promueve la formación de los educandos, únicamente se les entretiene. La influencia de los *mass media*, en particular de la televisión, cada vez más conduce a los profesores a adoptar modos de obrar análogos a los presentadores de este medio. Y es que no son pocos los maestros que se quejan de que tienen que competir con los hombres y mujeres que aparecen en la pequeña pantalla si quieren mantener la motivación de los escolares. Como bien dice Alonso Fernández (1996, 160) estamos asistiendo a una sustitución del discurso racional, por otro mucho más breve y simple que condensa las palabras y las ideas, como si se tratase de eslóganes televisivos. A este respecto, los testimonios de diversos profesores y mi propia experiencia me llevan a afirmar que un número significativo de escolares, acaso en mayor grado que hace pocos años, tienen serias dificultades para prestar atención a las explicaciones docentes carentes de espectacularidad. Y es

que se han impuesto las fórmulas esquemáticas y ostentosas, es decir, el discurso circense.

- **«Profesor-político».**- Es el profesor cuyo discurso se orienta exclusivamente a «transformar» la realidad social. Es un auténtico propagandista de salón de clase que se encamina a ganar prosélitos para su opción ideológica o política. El aula le sirve de escenario para difundir su parcial cosmovisión. Se corre el riesgo de manipular. El discurso «político» es más explícito en la enseñanza secundaria y en la Universidad, aunque se sabe que también puede presentarse de forma sutil en los tramos iniciales del sistema educativo. Por desgracia, en España hay lamentables ejemplos de aulas ideologizadas, semilleros de fanatismo, en las que se infunde aversión al «diferente». Los alumnos que son víctimas de este troquelado negativo propenden al entrar en la adolescencia a actitudes radicales de tonalidad irracional. Nada tiene que ver, por tanto, el «profesor-político» que practica la distorsión sistemática y planificada al servicio de intereses aberrantes con el docente que cultiva la dimensión social del educando, esto es, que se preocupa por despertar la sensibilidad del niño y promover la convivencia.
- **«Profesor-predicador».**- Es el profesor que sermonea a los escolares. Tiende al adoctrinamiento, pues se siente llamado a defender los valores y a evitar que los niños se tuerzan. A menudo reprende a los alumnos por su comportamiento dentro y fuera del aula. Trata de reformar las «malas costumbres» de los educandos por medio de moralina. Como sus enseñanzas son inoportunas, superficiales y falsas no forma a sus alumnos, aunque es posible que sigan su «código de conducta» por temor a los castigos. Puede ayudarnos a ilustrar este tipo docente el cuento *Don Urbano* de Leopoldo Alas «Clarín», en el que el protagonista es un maestro obsesionado por prevenir las transgresiones y garantizar la rectitud. El titular del relato es partidario de la represión y de los azotes, pues con ello espera sujetar el mal y liberar el bien. No duda, por ejemplo, en hacer un discurso sobre los beneficios de la cuerda para explicar a los atónitos párvulos la función de la horca, «para demostrar que al que huyó del lazo del vínculo social, este lazo, este nudo se le aprieta al cuello.»

Estos cinco tipos unidimensionales descritos son negativos porque la estructura discursiva está claramente desestabilizada. Si, por el contrario, se alcanza un nivel óptimo en las cinco vertientes hallamos una nueva modalidad de profesor:

- **«Profesor-educador».**- Es el profesor auténtico que promueve la formación integral de los alumnos, tanto en el plano intelectual como ético.

Este docente transmite informaciones rigurosas, afianza aptitudes, al tiempo que fomenta la adquisición de actitudes y valores positivos que se traduzcan en conductas congruentes. A partir de un ambiente de trabajo presidido por la cordialidad, la confianza, el respeto, la vitalidad, la alegría y las relaciones personales, explica, enseña, motiva y orienta a sus alumnos, es decir, educa. El profesor-educador adopta una perspectiva dialógica que facilita el intercambio y el desarrollo de la personalidad de los participantes. Fomenta la actividad, la conversación, la discusión, la exploración y el descubrimiento. Este profesor entregado a la educación abandona las programaciones rígidas y se lanza entusiasta a la búsqueda del método que mejor se adapte a cada educando. Con su discurso penta-dimensional informa, anima, guía y despierta el amor al trabajo. El profesor-educador se encuentra, aunque con las necesarias diferencias, en cualquier tramo de la educación y su discurso se encamina a construir conjuntamente con el educando un lugar de aprendizaje, reflexión, raciocinio y desarrollo. En suma, en un complejo marco dialéctico intersubjetivo el profesor-educador despliega formativamente todas las vertientes del educando.

Hasta ahora nos hemos centrado principalmente en la acción discursiva docente y llega el momento de dirigir nuestra mirada hacia los alumnos, sin perder de vista totalmente al profesorado. Es menester, por ejemplo, preguntarse por la incidencia que el discurso educativo tiene en el proceso formativo de los escolares. En lo tocante a esta cuestión, es indiscutible que a través del discurso el profesor regula el trabajo académico y las interacciones humanas. Hasta tal punto condiciona el docente el aprendizaje de los alumnos que, en mi opinión, no es descabellado establecer una correspondencia entre tipos de profesores y de alumnos. Seguidamente se presenta una clasificación discente derivada de la tipología docente recogida con anterioridad:

- «**Alumno-aprendiente**».- Es un alumno sometido a monólogos insufribles del «profesor-enseñante». Víctima de un discurso dogmático y de un proceso de enseñanza memorista. Es el escolar que, en un marco en el que prima la reproducción de contenidos, repite la lección *ad pedem litterae*, sin reflexión ni comprensión. Este tipo de alumno es un mero receptor que almacena o colecciona informaciones ajenas. Con frecuencia es sirvo del libro de texto, socorrida herramienta que no hace sino ocultar la falta de iniciativa del profesor para utilizar otros recursos complementarios. La enseñanza eficientista, apoyada en procedimientos rígidos y cen-

trada exclusivamente en los resultados, es la que más favorece la aparición de «alumnos-aprendientes». La «escuela-cuartel» de antaño, encaminada a la homogeneización por medio de la vigilancia y el castigo, es un nítido ejemplo de vivero de esta clase de alumnos.

- **«Alumno-vástago».**- Es el escolar mimado, heterónimo, esto es, dependiente del profesor. A veces la institución y los maestros, ya por extralimitación, ya por dejadez de la familia, asumen funciones que corresponden a los padres. Aun cuando en algunos casos son laudables estas atenciones de la organización educativa, v. gr., cuando el hogar del niño presenta carencias, es bien cierto que a veces el centro se convierte en lo que podríamos denominar «escuela-domicilio», sobre todo porque los trabajadores no poseen adecuada preparación técnica. Esta falta de formación científica pretende suplirse con una afectividad mal entendida, rayana en la sensiblería. Esta enseñanza timocéntrica puede generar desvalimiento y subordinación emocional del alumno respecto al profesor, hasta el punto de que se impide o frena su desarrollo armónico y saludable. Indudablemente la afectividad ha de cultivarse en todos los niveles formativos, sin que ello lleve a soslayar, ni siquiera en la educación infantil, las demás vertientes de la educación.
- **«Alumno-espectador».**- Es el alumno de la era audiovisual, devorador de imágenes e intolerante al discurso lógico-racional. Cuando el centro educativo, por mor de la fidelidad de los clientes, se convierte en «escuela-espectáculo», el saber se subordina al entretenimiento. El docente, por su parte, pasa a ser un «profesor-presentador» que busca ante todo atraer a sus alumnos. La formación es suplantada por el artificio: todo vale para encandilar al escolar. Esta depauperada enseñanza, muy alejada del cultivo del pensamiento y la sensibilidad en un ambiente motivador, provoca mentalidad cautiva y pasividad en los alumnos. Esta pedagogía superficial y periférica, orientada a la aprobación y al aplauso, se pone al servicio de los beneficios económicos, sin reparar en sus negativos efectos: la manipulación, la pereza y la debilitación intelectual.
- **«Alumno-politizado».**- Es el escolar al que se ha inculcado una conciencia política viciada por la parcial ideología del profesor y aun del centro. Lejos de promover el desarrollo de la dimensión social del educando *desde y para* la democracia, lo que se busca es su adhesión a unas interesadas ideas a través de cauces arteros. En casos extremos, el proceso persuasivo se nutre de sofisticadas técnicas que dejan al alumno a merced del manipulador. Esto explicaría ciertas prácticas amedrentadoras y subversivas de algunos adolescentes y jóvenes hábilmente manejados

desde la infancia en la «escuela-partido» para la causa nacionalista excluyente. Esta siembra del odio desde la niñez arrastra irremediablemente al terrorismo. La enseñanza temprana de la intolerancia y la violencia, en las antípodas de la genuina educación, prende con fuerza en el neófito y le convierte en candidato al fanatismo.

- **«Alumno-adoctrinado».**- Es el alumno que germina en la «escuela-secta» donde abunda el «profesor-predicador». Este tipo de alumno, contrariamente a lo que pudiera pensarse, no es exclusivo de instituciones confesionales, aunque es cierto que el clima religioso fundamentalista propicia su desarrollo. A menudo el discurso docente fermentador de esta modalidad de escolar se organiza en torno a la reforma de los «extravíos y malas costumbres» infanto-juveniles. Emerge así la moralina correctora de los desafueros que, a veces, es seguida por temor a la sanción. Si el alumno posee un cierto grado de desarrollo y un juicio crítico más o menos formado se protege de los sermones con una saludable actitud de rebeldía. En cambio, la resistencia es escasa o nula en el caso de los alumnos inseguros, inestables emocionalmente y con baja autoestima, así como en los niños. La vulnerabilidad propia de la infancia facilita la penetración de ideas en el escolar a través de admoniciones e instrucciones. La combinación de la coerción y la inculcación dejan al alumno al arbitrio del maestro, máxime si en la acción de captar adeptos se cuenta con la aquiescencia o la complicidad de otros miembros de la institución.

Esta galería en la que se ofrecen retratos prototípicos de cinco clases de alumnos es el resultado de la impronta discursiva profesoral. Nos hallamos, en realidad, ante una paidotipología que refleja un proceso discursivo anómalo, ya que los tipos discentes descritos muestran el impacto negativo de un discurso docente unidimensional. La taxonomía presentada se completa si se incluye una nueva modalidad de escolar:

- **«Alumno-educando».**- Es el alumno genuino que se encuentra en permanente proceso de crecimiento estimulado por el «profesor-educador». Gracias al clima personalizado de la «escuela-formadora» y al discurso docente pentadimensional, este escolar recibe una educación humanista cuyas notas son: la instrucción al servicio del acrecentamiento intelectual, la cordialidad, la motivación, la proyección social y el marco ético. Frente a los ambientes escolares caracterizados por el monopolio discursivo del profesor, el contexto en el que este alumno se educa está regido por el diálogo y la participación. El hecho de que sea el profesor el que

más habla durante la clase, por dedicar parte considerable de la misma a las explicaciones, no impide en absoluto que se produzca intercambio verdadero entre él y sus alumnos, siempre que haya atención, empatía y respeto mutuos, además de tiempo reservado a los escolares para que hagan uso de la palabra en forma de comentarios, preguntas, etc. En esta interacción tanto profesores como alumnos son, a la vez, emisores y receptores. Este tipo de comunicación circular es totalmente necesaria por ser la única en la que el proceso formativo es posible.

Desde una perspectiva psicopedagógica, hemos establecido una taxonomía del alumnado a partir de la estructura pentadimensional del discurso docente. La pretensión de explorar la naturaleza de los escolares recurriendo únicamente al análisis del discurso del profesor debe realizarse con prudencia, pues es obvio que cada modalidad de alumno depende de la interacción de factores ambientales y personales. Sea como fuere, el influjo que el discurso del profesor ejerce sobre el proceso formativo del alumno está fuera de toda duda, lo que avala nuestro método exploratorio. Recordemos, para finalizar, que la tipología discente presentada carece de propósito estigmatizador; su única aspiración es servir de referencia facilitadora de la mejora educativa.

## V. Conclusiones

El discurso es una herramienta clave para la comprensión y la mejora de la calidad educativa y, por tanto, su estudio se convierte en objetivo perentorio de la investigación psicopedagógica. La construcción de la realidad personal se explica, en buena parte, a través del discurso educativo, en cuanto acción preponderantemente oral privilegiada en las instituciones escolares y puesta al servicio de la formación humana. La adopción de un enfoque hermenéutico, humanista y transformador nos lleva a considerar el discurso como un fenómeno susceptible de acrecentamiento cualitativo. Ahora bien, para que tal enriquecimiento se produzca es menester identificar sus dimensiones canónicas y sus efectos formativos. El discurso docente tiene carácter dialógico, acontece en un contexto socioeducativo y depende de un gran número de condicionamientos que complican su análisis. A pesar de la dificultad que comporta este tipo de investigación, hemos propuesto un modelo original para analizar el discurso del profesor en el aula a partir de cinco dimensiones interdependientes: instructiva, afectiva, motivadora, social y ética. Si se ha hecho esta división ha sido únicamente para facilitar la prospección. Resulta evidente que el discurso constituye un todo

unitario encaminado a promover la formación del educando. Ello, empero, no impide la exploración de distintos aspectos que por separado ayudan a calibrar la potencia educadora del discurso. No se trata tanto de identificar los aspectos negativos, cuanto de favorecer que los profesores elaboren un discurso coherente, armónico y motivador que estimule, a un tiempo, el desarrollo cognitivo-intelectual y socio-afectivo de los alumnos.

Se han ofrecido, igualmente, sendas tipologías del profesorado y del alumnado que pueden servir de referencia para la mejora de la calidad educativa.

En la figura siguiente se ofrece una síntesis de las cinco dimensiones identificadas y de su incidencia en la categorización de profesores y alumnos.

*Cuadro-resumen.*- Correspondencia entre las dimensiones del discurso y tipos de profesores y de alumnos.

<b>Dimensiones del discurso</b>	<b>Tipología docente</b>	<b>Tipología discente</b>
<i>Instructiva(I)</i>	→ <i>Enseñante</i>	→ <i>Aprendiente</i>
<i>Afectiva(A)</i>	→ <i>Progenitor</i>	→ <i>Vástago</i>
<i>Motivadora(M)</i>	→ <i>Presentador</i>	→ <i>Espectador</i>
<i>Social(S)</i>	→ <i>Político</i>	→ <i>Politizado</i>
<i>Ética(E)</i>	→ <i>Predicador</i>	→ <i>Adoctrinado</i>
<i>Estructura pentadimensional (I-A-M-S-E)</i>	→ <i>Educador</i>	→ <i>Educando</i>

El modelo que presentamos es forzosamente general, de ahí que corresponda a cada profesor adaptarlo a su realidad y a la de sus alumnos con el fin de conseguir un discurso educativo integral. Más que ofrecer respuestas definitivas, puede facilitar que nos hagamos algunas preguntas:

- ¿Adaptamos el discurso a los alumnos?
- ¿Cómo estructuramos nuestras clases?
- ¿Cómo es nuestro estilo discursivo?
- ¿Qué tipo de interacción establecemos con los alumnos?
- ¿Cuál es nuestro perfil de profesor?



- ¿Qué tipo de alumno estamos formando?
- ¿Hay correspondencia entre la vertiente manifiesta y oculta de nuestro discurso?

En suma, el modelo pentadimensional propuesto bien puede servir de pauta al profesor en su actuación habitual, dado que se orienta más a mejorar la calidad del discurso que a su control.

### Referencias bibliográficas

- Alonso Fernández, F. (1996). *Las otras drogas*, Madrid, Temas de Hoy.
- Caron, J. (1989). *Las regulaciones del discurso*, Madrid, Gredos.
- Cazden, C. B. (1991). *El discurso en el aula. El lenguaje de la enseñanza y del aprendizaje*, Barcelona, Paidós-MEC.
- Cros, A. (2003). *Convencer en clase. Argumentación y discurso docente*, Barcelona, Ariel.
- Cubero, R. (2001). «Maestros y alumnos conversando: el encuentro de las voces distantes», *Investigación en la escuela*, nº 45, págs. 7-19.
- García Hoz, V. (1980): *La educación en la España del siglo XX*, Madrid, Rialp.
- Machado, A. (1999). *Juan de Mairena II*, Cátedra, Madrid.
- Martínez-Otero, V. (2000). «El discurso del profesor en el aula», *Pulso*, nº 23, págs. 101-110.
- Martínez-Otero, V. (2002). «Discurso educativo y tipología docente», *Comunidad Escolar*, nº 705.
- Martínez-Otero, V. (2003). *Teoría y práctica de la educación*, Madrid, CCS.
- Martínez-Otero, V. (2003). «Discurso educativo y tipología discente», *Comunidad Escolar*, en prensa.
- Mercer, N. (1997). *La construcción guiada del conocimiento*, Barcelona, Paidós.
- Rebollo, M<sup>a</sup> A. (2001). *Discurso y educación*, Sevilla, Mergablum.
- Russell, B. (1998). *Sobre educación*, Madrid, Espasa Calpe.
- Van Dijk, T. A. (comp.) (2000). *El discurso como interacción social*, Barcelona, Gedisa.

